

REVISTA DE ARAGON



SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.
—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 "	18 "	32 "

Números sueltos, quince céntimos de peseta.
Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Pinar, 2, 2.º—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
—No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Crónica Aragonesa*, por Saldubio.
- II.—*Notas críticas sobre la tragedia clásica y su influencia en el Teatro y Literatura modernas*, por D. E. Sanz y Escartin.
- III.—*De cómo se remediarán los vicios de la Corte y que no acuda á ella tanta gente inútil*.—Discurso de Bartolomé Leonardo de Argensola.
- IV.—*La Defensa de Monjuich*. (Episodio del sitio de Gerona), por D. Baldomero Mediano y Ruiz.—(Conclusion.)
- V.—*Libros recibidos en esta redaccion*.
- VI.—*Espéctáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

Los ladrones de camino real han pasado ya á la historia. Por algo tiene el progreso leyes ineludibles y cuyo influjo trasciende poderosamente á todas las esferas. Ya no se asaltan diligencias ni se ataca á los pasajeros dejándoles maniatados junto á los árboles del camino. El campo de estas proezas se ha trasladado junto á los rails y traviesas de las modernas vías férreas; allí se entregan tranquilamente al ejercicio de su profesion los descendientes de aquellos héroes que tienen su epopeya en cien jácaras y romances.

Amparados por las sombras de la noche esperan el paso de un tren; hacen una señal que engaña al maquinista; éste detiene su máquina y acto continuo se encuentra con tres ó cuatro armas de fuego que le apuntan al pecho; los ladrones acuden al sitio donde vá el dinero codiciado; se incautan de él sin dejar recibo, ordenan que el tren siga su marcha, y éste... ¡paf! ¡paf! ¡paf! se aleja. En señal de regocijo, disparan los bandoleros sus carabinas, escopetas y trabucos (digo, si gastan trabucos, que esta ya es arma de mal tono) y al estampido de la salva, la fuerza armada que custodiaba el tren despierta de su sueño... La locomotora ¡paf! ¡paf! ¡paf! sigue marchando á gran velocidad, los viajeros continúan saboreando las dulzuras del sueño ó la acritud de alguna novela de á peseta, y los ladrones, ginetes en veloces potros, huyen con el oro—ó la calderilla, que es lo más frecuente.—Esto es ser ladrón sin faltar á nada; robar con elegancia y finura es uno de tantos adelantos del siglo. Por algo tiene el progreso le-

yes ineludibles y cuyo influjo trasciende poderosamente á todas las esferas. En algo habian de distinguirse los modernos ladrones de ferro-carril de los antiguos ladrones de camino real.

Y á todo esto, los que há pocas noches robaron el tren-correo de Madrid cerca de Calatayud, ¿han sido habidos?

Hé aquí otra de tantas leyes del progreso. Hoy ya no son habidos los ladrones. Antiguamente, los prendian y los ahorcaban; ahora ni los ahorcan ni los prenden. Invocando el principio de la libertad profesional, los discípulos de José María y de los siete Niños pueden entregarse tranquilamente á sus ordinarias ocupaciones. Hasta las frases de ordenanza en estos casos variarán. En vez de la brusca intimación de antaño *¡la bolsa ó la vida!* se dirá así:

—Caballero, ¿me permite V. trasladar á mi bolsillo ese reloj?

—Es V. muy dueño.

—Muchísimas gracias. Hombre, ¡qué linda sortija lleva V.!

—Tambien está á su disposicion, amigo mio.

—¡Oh, nó! De ningun modo; eso sería abusar...

Quiero que la conserve V. en recuerdo mio.

—Agradezco mucho la bondad de V. No sé cómo manifestarle mi gratitud.

—Pero, señor, si esto no vale nada.....

—No, pues V. no se vá de mi lado sin que me dé su permiso para soltarle un par de tiros con este revolver.

—Es V. tan porfiado que habré de devolverle el reloj.

—Es V. demasiado amable.

Así serán en el porvenir los diálogos entre los ladrones y sus víctimas. Así debió ser, poco más ó menos, el que se entablara entre los salteadores del tren-correo de Madrid y los conductores de éste, salva la diferencia de que estos no sacaron revolver alguno ni aquellos tuvieron á bien devolver los caudales de la Compañía del camino de hierro.

¡Qué país! ¡Qué paisaje! ¡Y qué paisanaje! como dijo el difunto Eguílaz.

* * *

Eguílaz he dicho y, naturalmente, *El Salto del Pasiego* me ha venido á la memoria.

Recomiendo á ustedes que vayan al teatro de Pignatelli á ver esta zarzuela; y digo á *ver*, y no á *oir*, porque el mayor interés que ofrece está en sus brillantes condiciones de visualidad, en su vistoso aparato escénico. La música es muy agradable, hay versos muy sonoros y prosa muy mediana; pero el principal atractivo de *El Salto del Pasiego* son las bellas decoraciones pintadas por Marin.

Las impresiones del público en la noche del estreno fueron gratas por punto general. El libro de la zarzuela fué lo que ménos satisfizo á las gentes, y con razon. Hé aquí algunas frases cogidas al vuelo.

—¿Qué le parece á V. *El Salto del Pasiego*?

—Que con tanta nodriza y tanto chiquillo en mantillas podria titularse tambien *La Via Láctea*.

—No acrecentará la fama del pobre Eguilaz esta zarzuela.

—¿Zarzuela? Esto es un *biberon* con música.

—¿Y ese doctor Chinchilla que anda de aquí para allá?

—Ese debe ser algun especialista en *obstetricia*.

—Diga V. lo que quiera, lo cierto es...

—Lo cierto es, créame V., que eso parece una casa de maternidad.

—¿Y quién *ha dado á luz* esta obra póstuma de Eguilaz?

—Diego Luque.

—Pues, mire V., ha tenido un feliz *alumbramiento*.

—Si dice V. eso porque hay mucha luz Drummond, concedido.

Et sic de cæteris.

* *

Injusto fuera no felicitar á *Nenny* por el éxito que alcanzan sus palabras.

—¿Quién es *Nenny*?

—No lo sé; pero este pseudónimo, impreso asáz frecuentemente en las columnas del *Diario de Avisos de Zaragoza*, se ha hecho ya popular en todo Aragon. La actividad de *Nenny* es grande; sus pensamientos variados é interesantes; sus ganas de escribir pasmosas. Apenas pasa dia sin que el citado colega publique alguna carta suya, ora fechada en Pau, ora en Toulouse, ora en Oloron ó en Saint-Palais; hoy sosteniendo animada polémica sobre la filoxera, mañana vapuleando á las doctrinas espiritistas, ántes proponiendo la creacion de una *Biblioteca Agrícola*, despues la de una *Liga contra el Hambre*, luégo excitando la atencion de todos hácia el proyectado ferro-carril del Pirineo Central, y lo mismo se permite dar una broma pesada á D. Emilio Castelar con motivo de la eleccion del demagogo Blanqui que se deshace en elogios de Luis Veuillot ó canta las excelencias de la patata *early rose*.

De esta, especialmente, ha hablado tanto el corresponsal francés que nos ha abierto á todos las ganas de comerla. Las tres Diputaciones Provinciales de Aragon han pedido ejemplares de la ponderada patata de las dos cosechas para propagarla abundantemente entre los agricultores.

Si el cultivo de este tubérculo tomase aquí la importancia y extension que desea el corresponsal del *Diario de Avisos*, debería cambiar su nombre

de bautismo por el de su padrino: debería llamarse la patata *Nenny*.

No sé quién es este señor, pues guarda el incógnito cuidadosamente; pero sea quien fuere, me es grandemente simpático, porque veo en él un tipo de periodista legitimo y de buena raza.

Hasta en sus caidas.

* *

Ya que hablo de periodistas, debo consignar que está entre nosotros uno de los más antiguos de España; y no digo de los más encanecidos en el oficio, porque todavía conserva el cabello tan negro y lustroso como en sus buenos tiempos, allá cuando arreglaba para nuestro teatro las comedias *Mujer gazmoña y marido infiel*, que ya no se representa, ó *Un marido como hay muchos*, que aún se ve en la escena con agrado.

Refiérome al infatigable cronista de los salones de la córte, al revistero de la *high life*, al célebre *Pedro Fernandez* de *La Epoca*, llamado en transformaciones sucesivas *Asmodeo*, *Marqués de Valle-Alegre*, etc.

No es para los zaragozanos un suceso insignificante la visita de ese escritor. Con la autoridad que le dá su profesion y cumpliendo solícito su deber, transcribirá en las columnas de *La Epoca* las impresiones que su estancia á orillas del Ebro y del Huerva le produzca ¡Y Dios sabe las cosas que le pueden ocurrir!

Ya en otra ocasion expresó su agradable sorpresa al encontrar aquí — ¡ni que hubiera ido á Tombuctu! — anchas aceras, lujosos escaparates, buen alumbrado, y hasta gomosos en el Skating-Ring y *claque* en el Teatro Principal. Tampoco ahora le faltarán motivos para sorprenderse: ahí tiene, sin ir más léjos, el pavimento del salon de Santa Engracia, que ofrece á los paseantes materia práctica para un curso completo de geología. Amenidad y distraccion como ellas en ninguna parte las habrá encontrado *Asmodeo*: las recomiendo, pues, á sus elogios.

Esto en el caso de que al pasear por aquel sitio no se haya torcido un tacon, ó reventado un callo, ó dislocado un pié.

* *

¿Han visto ustedes el paso de las mariposas?

Estos interesantes lepidópteros entraron en España, en bandada inmensa, por las costas malagueñas, procediendo sin duda del continente africano; recorrieron la provincia de Murcia, atravesaron las de Alicante, Valencia y Castellon, penetraron en la de Teruel y, por fin, aparecieron en los campos y calles de Zaragoza, impulsadas por un suave viento y girando en mil juguetonas vueltas y revueltas al influjo de los rayos solares.

Las gentes, en vez de contemplarlas con interés y simpatía, preguntaban con desconfianza, gracias á la multitud de insectos dañinos que por todas partes surgen:

—¿Será esta alguna nueva plaga?

Las inocentes mariposas acaban de atravesar, segun las últimas noticias, la provincia de Huesca. Si intentan pasar el Pirineo, quizás perezcan entre sus nieves. Todo lo cual ofrece el grave inconveniente de que puede inspirar á los poetas de cara-

melo y *opoponax*; en cuyo caso quedarán justificados plenamente los temores de las gentes que sospechaban una plaga más en estas mariposas trashumantes.

—¿Te has examinado, hijo mio?

—Sí, papá.

—Y ¿qué tal? ¿qué tal?

—Admirablemente; tanto he gustado á los profesores que se han empeñado en que repita el examen en Setiembre.

SALDUBIO.

NOTAS CRÍTICAS SOBRE LA TRAGEDIA CLASICA

Y

SU INFLUENCIA EN EL TEATRO Y LITERATURA MODERNAS.

I.

Lírica, épica y dramática.—India.—Israel.

La poesía lírica es la expresión del mundo interior, de la conciencia, de los sentimientos, aspiraciones, alegrías y tristezas que constituyen el organismo de la vida espiritual humana: es la poesía subjetiva por excelencia. La épica canta las luchas de los pueblos, el antagonismo de dos civilizaciones, el choque de elementos é ideas contrarios; y es la poesía objetiva, exterior. Pero ya que adoptamos del modo que la entendemos esta división generalmente establecida, no podemos ménos de apuntar por nuestra parte, que así como jamás una facultad se pone aislada en las manifestaciones de la humana actividad, entendemos que no carece en absoluto de elemento objetivo y exterior la poesía lírica, de subjetivo é interno la épica. La personalidad del poeta hállase en ésta velada, pero ella presta su tono peculiar á la obra toda; la realidad externa pasa desapercibida en aquella, pero de la realidad se alimenta y en la realidad se desenvuelve la fantasía del poeta. Esta unión, más igual y perfecta, encontramos en la poesía dramática; por eso se le ha llamado subjetivo-objetiva; el autor habla por boca de sus personajes, siempre que su carácter y situación lo permiten, comunicando al espectador su espíritu y sus ideas; por otra parte la acción se desenvuelve con los caracteres de una realidad que pudiéramos llamar *plástica*.

No podemos entrar en el estudio de la génesis en la razón humana de esta determinación de su inteligencia. Pero ya que esto nos esté vedado por las dimensiones que habría que dar á este trabajo, establezcamos un precedente notabilísimo ántes de penetrar de lleno en el punto concreto de nuestro estudio.

En la India, en ese país misterioso cuya civilización ha sido desconocida hasta nuestros días, nos hallamos por vez primera con la literatura dramática, no en un estado embrionario, sino de tal suerte, que parece corresponder á un estado de cultura social inexplicable en tan remotos tiempos. «La sola indicación, dice un notable escritor, de esta pieza para el Teatro, *El levantarse ó nacer la luz de la inteligencia humana*, drama en que personificados los sistemas filosóficos en la razón, el honor, la devoción y la contemplación, se disputan la posesión del alma humana, muestra un grado de cultura intelectual en las clases superiores á que nosotros no hemos llegado aún.» (F. de Castro.)

El concepto panteísta que constituye su religión domina en toda la literatura india: á este concepto, á aquella naturaleza exuberante que contribuye á su formación en aquel pueblo, débese la riqueza de su

literatura, llena de símbolos y de imágenes; pero también fué la causa de su estacionamiento. Falta de todo ideal de progreso, encajonada en aquella organización de castas que como emanadas de Dios habían de ser eternas, sin estímulo que la impulsase á atrevidas empresas, amortiguando su vigor por la influencia mórbida del clima, aquella sociedad y con ella la literatura sanscrita se estaciona en aquel su primer vuelo.

La crítica novísima ha creído vislumbrar los elementos de una literatura dramática entre los Hebreos, principalmente en el episodio de Job. No nos es posible detenernos en esto, ni parar atención en la rica literatura Hebrea, religiosa también, pero fundada en el monoteísmo, en la unidad divina, personal y distinta de su creación.

II.

El mundo Pagano.—El Ideal clásico, ¿debe ser en absoluto el nuestro?—*La Tragedia*.—Su razón.—Esquilo.—Sófocles.—Eurípides.—Juicio de la tragedia griega.—Roma.—Séneca.—Decadencia.

Vamos á pasar de lo divino á lo humano, de la literatura teogónica á la literatura naturalista, del sobrecogimiento que una creación absorbente infunde á la risueña expansión no cohibida por temores, del aniquilamiento del hombre á su apoteosis, del arte oriental que produce la Pagoda India que socava una montaña entera, las pirámides, monolitos, etc., al arte helénico que divinizará la humana forma movable, ligero, de esbeltas líneas, como una antítesis al sentimiento reposado, infinito, que parecen expresar aquellos monumentos.

Penetramos en el mundo clásico que busca anhelante la belleza siquiera la conciba solo bajo su aspecto plástico, material. Su estrecha manera de concebir la humanidad hace que sus divinidades sean propias y exclusivas de cada pueblo, de cada raza, y hasta de cada familia. Fuera de la ciudad los hombres son bárbaros, y era lícito, según Platon, hacerles perpetua guerra. Prosigue siempre en la naturaleza y le atribuye las cualidades y sentimientos del hombre, y desde entónces mueve la tempestad Neptuno airado, llénanse las ondas de dúadas y náyades, suena en los apacibles campos la flauta del Dios Pan, preside Diana la noche serena, y Apolo en su carro de oro el espléndido día. Su religión, en vez de tender cual otras al aniquilamiento de la materia, mueve al hombre á rodearla de adornos y atractivos, y la forma humana en su tipo más bello es hermosada, en tanto que la naturaleza, con pródiga mano, brinda con cuanto ella puede dar para hacer grata la existencia. Revélanse sus aspiraciones en su culto á Vénus—la belleza y el sensual deleite;—á Marte—la guerra, que también entraba en su misión para difundir por todas partes los rayos de su genio;—á Minerva—la sabiduría, la verdad que buscan los filósofos y hácia la cual dan pasos gigantescos desde Pitágoras á Sócrates, Platon y Epicteto. La literatura, reflejo fiel del modo de ser social de un pueblo, de sus creencias y costumbres, llega á alcanzar la mayor belleza. El poeta desaparece casi siempre de su composición, y ya narrando las luchas de los semidioses en las primeras edades, ya el combate del hombre con el destino, ya cantando las glorias de la patria y el sacrificio por ella, los placeres báquicos y eróticos, se desenvuelve en una relación directa é inmediata al mundo externo, rara vez estudia el fenómeno puramente interno y subjetivo. Su riquísimo idioma se presta á todas las inflexiones del ritmo, á todas las modulaciones que pueden reflejar las diferentes impresiones producidas en nuestro espíritu. Principalmente, bajo el punto de vista puramente formal, encontraremos en la literatura griega eternos modelos, mas aún en esto no es po-

sible intentar en absoluto la imitacion: en el continuo mudar progresivo de la humanidad en sus manifestaciones, nada se libra de la ley de la transformacion y del cambio. Las formas son el molde en que se encierra la idea encarnada en algo de material y apreciable por los sentidos: habiendo cambiado de radical manera el pensamiento humano, ¿se adaptará sin perder mucho de su peculiar carácter en las antiguas formas? Pero se nos dirá tal vez que el ideal del arte es siempre el mismo, que la belleza en la antigüedad es la belleza en nuestros dias. Es verdad; la belleza siempre es la misma; pero ¿la concibe siempre el hombre de idéntica manera? ¿Ha llegado el hombre á lo absoluto en este órden? Seguramente que no. La ley del progreso rige aquí como en el órden de la ciencia, como en el órden moral y religioso; no son, empero, esos tipos superiores al hombre los que varían, es el hombre quien varía y su manera de concebir esos distintos ideales. Mas no por eso se crea que la marcha de la humanidad hácia el progreso se realiza de una manera arbitraria: no rechaza jamás una época en absoluto lo que creyó y respetó la pasada; la naturaleza del hombre es siempre igual en la esencia, y hé aquí la razon de que, en la primera manifestacion humana, existiera la semilla del bien que á fuerza de sufrimientos y de caidas esa misma humanidad habia de desenvolver, acercándose en su totalidad en el espacio y en el tiempo á su Providencial Destino.

Veamos, pues, sentadas estas consideraciones, la suerte que cabe en Grecia á la literatura dramática en su forma más importante y elevada, en la Tragedia.

El sentimiento religioso le dá origen, las tradiciones semi-divinas y heróicas le dan ricos elementos, el gusto estético del pueblo griego le alimenta y el génio de eminentes poetas le dá definitivo asiento y esplendor vivísimo.

Hay en la mitología pagana una fuente riquísima y misteriosa de inspiracion que los clásicos no explotarán jamás. Es el lado sombrío de la complicada y profunda religion de los griegos; el romanticismo, como afirma un escritor francés, de la antigüedad clásica. Tiene su centro bajo el cielo sombrío de la Tracia y al N. E. de la Tesalia: de allí descienden á la Grecia, que apenas pronuncia en el silencio y con terror sus nombres, los Rabnis, las Gorgonas, Phorkiades, Larvas, Lamias, Sirenas, Dactilos, etc. No forma aquí sus concepciones la Tragedia griega: recibe su inspiracion de esferas que no carecen de sombras, pero más serenas, más iluminadas por la luz de la belleza clásica.

El ser humano necesita creer, saciar la sed del infinito debida á su divino origen, descansar su espíritu en la esperanza de una finalidad, de algo que dé complemento y equilibrio á lo que aquí en la tierra se nos aparece truncado, inestable, contingente. De aquí la necesidad de la Religion.

En oposicion á esta tendencia hay en el hombre una actividad inquieta, un impulso incesante y eternas aspiraciones.

Muchas veces vemos chocar ambos elementos: aquel que tiende á mantenerlo invisible, éste que lo lleva más allá del hecho realizado, porque como dice Fr. Luis de Granada, «nunca llegan las obras á los propósitos.» Este antagonismo que se dibuja ligeramente en Esquilo, se destaca con energía en Sófocles, y se manifiesta abiertamente en Eurípides.

Este punto de vista, esta manera de apreciar en parte el marcado carácter religioso de la tragedia, que apuntamos como generador tambien de la accion trágica, no sabemos que haya sido anteriormente indicado al ménos en este último sentido que nosotros le damos.

Por otra parte es ley impuesta á la humanidad, la sujecion á fuerzas de su actividad independientes y con las cuales lucha durante su vida terrestre; imposicion necesaria que es aguijon de la energía humana y que revestida por el pensamiento en forma de concepcion religiosa, se llama hoy *fatalidad* en el Oriente, se llamó *destino* en el mundo clásico.

La lucha del hombre con imposiciones por cima de las que busca algo más y más perfecto su razon, el combate con leyes inexplicables que le abruma, y la tradicion histórica y divina: tal creemos que es, por decirlo así, la materia y la forma de la tragedia antigua.

Un pueblo de imaginacion tan fecunda y ánimo tan impresionable como el griego, debia interesarse vivamente por los grandes caracteres que se le presentaban en la escena; la narracion de sus desgracias debia herir profundamente sus almas, la enseñanza que en esta forma se diera, debia de dejar hondas é indelebles huellas. El pueblo en masa comulgando en un mismo sentimiento, nutriendo sus inteligencias y elevándose por unas mismas ideas; aquellos vastos teatros en que libremente penetraban la luz del sol y las auras perfumadas del Atica; los actores engrandecidos por el coturno trágico, formaban un espectáculo de una grandeza en armonía con las aspiraciones del génio.

Este cumplió sobradamente su mision, y su personificacion, fuera de la cual nada hay de esencial, la encontramos en Esquilo, Sófocles y Eurípides.

A Esquilo puede aplicarse con toda precision el concepto que más generalmente se dá de la tragedia griega. Grandioso en la concepcion de caracteres, enérgico en la accion, muévase en una esfera supra-terrena, y el espíritu religioso presta el carácter á sus creaciones. El *fatum* es la fuerza que dirige al hombre en la vida, esta es la lucha con el destino inmutable, espíritu que parece inspirado en aquellas palabras de Homero: «Pues los Dioses han decretado que los míseros mortales vivan en el sufrimiento: ellos en tanto permanecen tranquilos é impassibles.» (Illiada xxiii.)

Veamos, si no, su gigantesca trilogía: Agamenon, en la lucha entre sus sentimientos naturales, la voz íntima de su ser y el inexorable destino que le ordenaba el sacrificio de su hija, la inocente Ifigenia, es vencido por éste y clava en su albo seno el puñal homicida. Clitemnestra su esposa dá muerte, en la segunda parte, á Agamenon: Ifigenia queda vengada; y el triste Orestes, finalmente, desgarrá en desagravio de la muerte de su padre el propio seno que lo alimentára y contuviera al nacer.—Era verdaderamente la fatalidad en su sentido más odioso el Destino para Esquilo. Al presentar, no obstante, el poeta aquellos horribles cuadros encierran tal vez bajo el exterior sentido una latente reivindicacion del sentimiento individual y humano contra las ciegas leyes de un poder sombrío, por todos acatado y cuyos oráculos y dictámenes se cumplieran sin vacilar. A los héroes de Esquilo podrian propiamente aplicarse aquellas palabras de un eminente poeta pensador y artista: «El personaje trágico es castigado por sus acciones, aunque sus acciones no dependan de su voluntad, y así en su hermosa frente se reunen á un tiempo las negras sombras del crimen y la alba luz purísima de la inocencia. Aquellos héroes con las manos manchadas de sangre, son puros; aquellos asesinos de sus hijas, de sus esposas y de sus madres, son inocentes: mezcla sublime de horror y de grandeza que no ha vuelto nunca á tener el arte.» En su *Prometeo* vemos la lucha incesante de la honradez y la injusticia; vemos la protesta de lo ideal contra lo real. Prometeo, arrebatando la luz divina, es el noble anhelo de nuestro espíritu, la aspiracion incesante á la verdad y al bien; el infeliz aherrojado en una roca, solitario del Cáucaso, es la imágen del resultado efec-

tivo en un tiempo dado de dichos esfuerzos impuestos por ley de la propia naturaleza humana, que tanto más se engrandece cuanto más se acerca al ideal, siquiera en el camino se deshojen muchas flores que prestaban aromas y dulcedumbre á la existencia.

Pero cuando la tragedia es elevada á su forma típica, por decirlo así, y crea los eternos modelos de su género, en Sófocles es en quien realiza la armonía que dentro de aquel género fundado en el desequilibrio cabe. En él se dejan ver de una manera ostensible las huellas del adelanto y marcha de las ideas en la humana razón. Examinemos la tragedia de Sófocles en su obra fundamental: la trilogía formada por Edipo Rey, Edipo Colonio, y Antígona. En ella el hombre lucha con esos formidables enemigos que son sus pasiones, y si es vencido sufriendo horribles desgracias en castigo, brota de su dolor y arrepentimiento magnífica rehabilitación. El joven Edipo, al marchar á Tebas después de largos viajes, dá muerte cerca de esta ciudad á un anciano que le disputaba la preferencia de camino en un desfiladero y que era el mismo padre del infeliz y criminal Edipo. Edipo llega á Tebas en donde en premio de su triunfo contra la Esfinje obtiene la mano de Jocasta, viuda del anciano Layo.

E. SANZ Y ESCARTIN.

(Se continuará.)

DE CÓMO SE REMEDIARÁN LOS VICIOS DE LA CÔRTE

Y QUE NO ACUDA Á ELLA TANTA GENTE INÚTIL.

Discurso de Bartolomé Leonardo de Argensola, á petición de los Ministros de S. M. que para esto se juntaron. (1)

Cuando la enfermedad está conocida, várias son las disputas que no se encaminan á la aplicación de los remedios, pero para acertar en ellos, es precisamente necesario el conocimiento de las causas de ella. La enfermedad de la Córte son vicios de mala calidad, y los que más parece que se señalan, codicia, rapiña y deshonestidad escandalosa en todos géneros de gente, dificultosos de curar por la muchedumbre de ella, y así también se propone por uno de los daños que se han de remediar.

Estos accidentes y enfermedades morales han padecido muchas veces las metrópolis de las grandes repúblicas y las córtés de los reyes, así las que se mueven á diferentes lugares como las que están de asiento en alguno. Las causas de estas inundaciones de gentes, y por el consiguiente de los vicios que con las várias amistades se contraen, y de enfermedades, ó pestilenciales, ó esparcidas, que imitan mucho á las primeras, suelen ser obligación y deleite. Por la primera acuden pleiteantes y pretendientes para asistir á negocios de justicia ó de gracia. Y por el deleite hombres ociosos, amigos de regalos, curiosos y parleros, tibios en la virtud, y otros peores, ministros de venganzas, apóstatas de religiones, eclesiásticos ausentes de sus residencias, labradores que por no trabajar en sus tierras las desamparan y vienen á quitar la limosna á los verdaderos pobres. De todas estas cosas, más particularmente que en otras partes, trata el Emperador Justiniano en el auténtico *de Quastore, Collat. 6*, donde muy particularmente discurre en cada una de ellas y pone remedios proporcionados para el daño presente y para el venidero, que estas dos con-

diciones han de tener para ser perfectos. *«Invenimus enim (dice el Emperador) quia paulatim provinciæ quidem suis habitatoribus spoliantur; magna vero hæc civitas nostra populosa est turbis diversorum hominum, et maxime agricolarum suas civitates et culturas relinquuntium.»* Y así presuponiendo que estas dos son las verdaderas causas del mal, es cierto que ocurriendo á ellas se curará todo el cuerpo de la república. Y si el que pretende un fin está obligado á poner medios á propósito, como para alcanzar la salud son necesarios médico y medicinas, así para este caso parece que hay necesidad de un magistrado y de leyes convenientes que este tal aplique y ejecute. Esto es tan por sí mismo notorio que sería superfluo probarlo.

Habría de ser este magistrado distinto de los demás y que no tenga otra ocupación. Platon dice que ese ministerio pide y ocupa todo el hombre. Aristóteles afirma lo mismo, y ningun político lo contradice. Y aunque en Esparta hicieron este oficio los Eforos juntamente con otros diferentes, pudieron muy bien en república tan pequeña; pero el censor romano á esto atendía principalmente, aunque al principio se instituyó para lo tocante al censo. Y Justiniano en el dicho auténtico para solo esto crió ó renovó el magistrado Cuestor, que antiguamente (según él dice) se llama inquiridor, y él le dá nombre de nuevo cingulo por la insignia de la dignidad y salario grande del Tesoro público y tanta mano y jurisdicción como la tenía el antiguo Censor en Roma, que castigaba cuando quería sin estruendo de juicio, secreta ó públicamente, á todo género de gente, en particular aquellos delitos indefinidos que son contra el ejemplo público y la recta vivienda moral; y era tan respetado, que juntando algunas veces los censores el Senado, temblaba de ellos, y con razón, porque las ejecuciones que se hacían y la obediencia á aquel sacro magistrado eran de admiración, como se entenderá por lo que escribe Tito Livio, lib. 39: *«Censores M. Portius et Lucius Valerius metu mixta expectatione, senatum legerunt, septem moverunt senatu; ex quibus unum insignem et nobilitate et honoribus L. Quintum Flaminiarium consularem.»* y sin embargo de su grandeza dice que los trataba ásperamente, *«Catonis et alie quidem acerba orationes extant in eos quos aut senatorio loco movit aut quibus equos ademit, etc.»* De manera que los privó del oficio de senadores y de los caballos públicos, y los maltrató severamente por ciertas liviandades, como adelante lo declara.

Este negocio es tan importante que no tomándolo muy de propósito se perderá el tiempo y la obra, y comenzándose á ponerlo en ella, como es justo, podrán fácilmente los otros ministros de justicia administrarla mejor, de que resultará el primer remedio para la primera de las dos causas referidas, que es despachar los negociantes á quien la obligación llevó á la Córte, remedio de Justiniano en el lugar referido: *«Citius eas discernere pro quibus venerunt causas et remittere merentes, etc.»* porque por las grandes ocupaciones de los jueces que tienen á su cargo la censura pública y juntamente la determinación de los pleitos vienen á no poder ejecutar lo uno, y á tardar en lo otro demasiado, y de aquí nace el acudir gente á la Córte y esta en ella tan de asiento.

Y así parece que se debe dar traza en que los jueces determinen lo más presto que ser pudiere las causas que penden en sus tribunales, ó limitando el tiempo para ello, ó remitiendo las que buenamente se pudiere á los inferiores y jueces de las provincias, y en cualquiera caso parece que convendría que el dicho magistrado tuviese cuidado de solicitar á todos los jueces que vean y determinen los pleitos, como se hacía en la república de Venecia, según escriben el Cardenal Contareno, lib. *de Magistratibus, et repu-*

(1) Este trabajo, debido á la pluma del insigne escritor aragonés Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola, se halla en un volumen manuscrito en 4.º, cuya signatura es X 53, y existe en la Biblioteca Nacional con el título: *Libros de várias cosas en prosa, de hombres insignes en letras y política, y de Razon de Estado*. F. 125, 134. Lo publicamos en la REVISTA DE ARAGON restituido á la moderna ortografía.

blica venetorum, y Querino Pison comparando los magistrados romanos con los venecianos, *in repetitione ad. l. I. ff. De officio ejus cui mandata est jurisdictione*, como se contiene en el auténtico muy ajustado á nuestra especulacion: «*Si vero neque agriculturalum sit adveniens multitudo, sed quidam forsitan alii aut etiam litigaturi adversus alios, et hic tardent, non quiescere, sed cum omni instantia iudices urgere cum festinatione, eos contentioneibus absolvere, et litibus liberatos remittere in suas civitates et provincias habitare. Si vero forsam eum institerint auditores litis aut agriculturalum domini qui a nobis sunt iudices statuti, ut litigantes aut observantes liberent, ipsi adhuc differant, et non citius eos à litis observatione liberaverint: tunc ipsum qui à nobis in hoc cingulo constitutus est, deducere ad se litigantes, aut agentes aliquo jure à possessoribus, proinde non merentes examinare, et citus disponere pro quibus illi huic magnæ observant civitatis, ad suas remittere patrias, aut omnino ex quibus venerunt locis, etc.*» Con esto conviene la ley 3.^a, título 17, lib. 2 de las Ordenanzas, que manda que se haga eleccion de una persona grave que se encargue de solicitar el despacho de las causas con todos los jueces y alcaldes, y si no lo hicieren lo avise al Rey para que provea de pena á los negligentes, que son las últimas palabras de aquella ley. Y porque puede acaecer que parte de esta culpa (cuando la hay) esté en los Relatores, parece que será bien que se les diese la misma priesa, porque estos y otros provechos se sacarán de que ellos sean diligentes y limpios de manos.

Cuanto á los que vienen á pretender si son hombres que siguen la guerra, es dañosísima su asistencia por el ocio y la necesidad, porque lo primero les estraga los ánimos y lo segundo las conciencias, y así no se deberian admitir en la Córte, porque además que es desacreditar á los generales y dar ocasion para que no sean tan obedientes como conviene, suelen traer papeles de abono falsos, ó negociados y no dignos de que se dé fé alguna, y así para con ellos y para pretendientes de otra profesion, parece que cuando el desengaño no los eche de la Córte (que será de grande fuerza si se usa de él) sería bien que entendiesen que les ha de dañar para tener suceso su presencia y solicitud, despues de introducida su pretension, y que de esto se hiciese ley, cuya ejecucion tocase tambien el magistrado, pues despues de presentados memoriales y recados de los méritos de cada uno, no sirven sus diligencias sino de causar á los ministros y cohechar (cuanto es de su parte) á los criados y violentar las elecciones.

Y en razon de esto sería bien escribir á todos los Prelados que agraven censuras contra los eclesiásticos que salen sin sus letras en forma, acreditando sus personas y el viaje, y que en ninguna manera se les otorguen para venir á esta Córte, sin que les conste de la causa que traen, las cuales letras de abono y licencia hayan de presentar en llegando á la Córte, y se examinen ántes del ingreso de sus negocios, ó por el tal magistrado, ó por los Consejos donde ha de negociarse, como lo primero está dispuesto por diversos derechos, que por ser tan graves las personas con quien se trata no se alegan, aunque quanto á ser este inconveniente peculiar á las grandes córtes se han de ponderar las palabras de la ley imperial «*Volumus autem cingulum habentes, etc., require ad magnam hanc civitatem venientes, ex quacumque provincia sunt viros, sive mulieres, aut clericos seu monachos, vel monachas, sive externarum civitatum advocatos aut alterius cujuscumque fortuna vel dignitatis existant, et perscrutari qui sint, aut unde venerint et qua occasione.*»

(Se concluirá.)

LA DEFENSA DE MONJUICH.

(EPISODIO DEL SITIO DE GERONA.)

(CONCLUSION.)

Triunfante se juzga el franco... y entre las nubes que forman las ya deshechas paredes y el denso humo de la pólvora, en la brecha, cual imágen radiante de la victoria, muéstrase Guillermo Nash claro varon, alma heroica... el estampido del trueno y la explosion de la bomba dominando, por los ámbitos ruge su voz poderosa... y al par que su bizzaría á los contrarios asombra el patriótico coraje de los sitiados redobla. Así, cuando un proyectil la insignia lanzó que flota de Monjuich en la alta cima al foso, entre una furiosa lluvia de balas, bajóse é intrépido recobrola el temerario Montoro, de recordacion famosa. Al fuego el fuego responde, y diadema abrasadora, brota doquier de los muros y los baluartes corona... El sitiador retrocede al contemplar la animosa actitud de los sitiados, y el rudo ataque demora. Tan solo cuando la luz del dia muere entre sombras avanzan con precaucion hasta la mole ruinosa de Monjuich... ¡Nécios, suponen que duermen los que la honra de Iberia guardan...! Y cuando llegan hasta el muro, brota un torrente de metralla que las legiones destroza y que pone al sitiador en huida vergonzosa. Y en el murado castillo, y en la próxima Gerona, émula del heroismo de su hermana Zaragoza, el bizarro gerundense un himno de triunfo entona... ¡Himno cuyo eco sublime ha de repetir la historia...!

II.

—«¿Cómo, esforzados caudillos, soportamos la vergüenza de que un mezquino baluarte, con mil practicables brechas, del águila vencedora el triunfal vuelo detenga? Seis dias há que á Monjuich conquistar en vano intentan los que en uno, de laureles se coronaron en Jena;

¿consentireis que esos muros
padron de ignominia sean
á los que, como nosotros,
fueron rayo de la guerra...?
Antes que tal deshonor
el lustre de mis empresas
manche, la muerte arrostrando
conjuraré tanta mengua.»
Así con noble arrogancia,
y en secreta conferencia,
exclamó el coronel Muff.
Los jefes que su experiencia
conocen y en él admiran
un valor á toda prueba,
la direccion del asalto
á su pericia encomiendan.
Y él dice:—«Cuando la noche
su lóbrego manto extiende
tremolarán en Monjuich
nuestras altivas enseñas,
ó yo, con glorioso fin,
redimiré mi vergüenza!»
Y con incansable brio
á sus legiones congrega,
y puesto á su frente, manda
hacer del asalto seña.

¿Visteis las rugientes olas
cuando en creciente marea
se extienden por la llanura
rompiendo diques y presas?
Pues aun más embravecidas
y con furia más tremenda
á los muros de Monjuich
llegan las huestes francesas.
Ante su ruda embestida
los sitiados no flaquean,
y denodados se agolpan
á combatir en la brecha.
Ruje doquier el cañon,
doquier clarines resuenan
y si furioso el ataque
obstinada es la defensa.
Descargados los fusiles
crúzanse las bayonetas,
y cuando algun sitiador
á pisar llega la brecha
bien pronto con mil heridas
hasta el hondo foso rueda.
El ¡ay! de los moribundos,
la roja sangre que humea,
el zumbido de las balas
que en las murallas se estrellan
ó que de los sitiadores
en las columnas se ceban,
el estallar de las bombas
que surcan raudas la admósfera
y con torva luz alumbran
las más horribles escenas,
todo esto á los combatientes
anima, entusiasmo y ciega...
y la lucha, á cada instante,
es más feroz y sangrienta...!
¡Cuántos heróicos hechos,
cuántas ilustres proezas
de aquel dia en el trascurso
miró la asombrada esfera...!
El audaz Miguel Pierson,
que comandaba en la brecha,
emulando el patriotismo
de los héroes de Grecia,
prefirió, á cejar un paso,
el sucumbir defendiéndola.
¡De inmarcesibles laureles

corone la musa ibera
la tumba del esforzado
mártir de la Independencia...!
Ni de Ancio, humilde tambor,
llegue á olvidar la respuesta:
—«No pretendais retirarme,
porque aunque herido me vea,
á redoblar en la caja
aun mis brazos no se niegan.»
Allí de Grifols y Fournas,
con indomable fiereza,
alto renombre adquirieron
en la reñida contienda...
y cual siempre, el bravo Nash,
manda, combate y arenga,
acudiendo dó es la lucha
más empeñada y sangrienta.

En tanto el coronel Muff,
con iracunda soberbia,
ante tan inesperada
titánica resistencia,
de vencer ó de morir
su juramento renueva...
Tres veces al pié del muro
llevó las huestes francesas
y otras tantas rechazadas
fueron con enorme pérdida;
que el bizarro gerundense
un solo palmo no ceja...
El aire hiende una bomba
de fulgurante espoleta
y la torre de San Juan,
baluarte avanzado, incendia
haciendo estallar la pólvora
con detonacion mortífera...
De tan horrible catástrofe
el tenaz Muff se aprovecha
y á dar la cuarta embestida
con sus legiones se apresta...
Candy, discreto caudillo
de los que cubren la brecha,
un obús hasta la boca
de balas de fusil llena
y al llegar el sitiador
le aplica encendida mecha...
Cual sonoro vendaval
en alas de la tormenta
rompe, destroza, aniquila,
tala, marchita y asuela,
así la boca inflamada
de aquel espantoso Etna
luto, sangre y destruccion
en los sitiadores siembra,
disipando sus columnas
como á fantástica niebla.
Tambien la sangre de Muff
el muro de Monjuich riega
malogrando un heroismo
digno de más justa empresa.
Inmenso grito de júbilo
castillo y ciudad atruena
y de «Victoria» los ecos
difunden montes y vegas.

.....
.....

Cobra el español más brios
y el galo se asombra y tiembla...
nunca hallar imaginó
tan colosal resistencia
que las glorias de Sagunto
y de Numancia recuerda.
En vez de asaltar audaz,
ora prudente bloquea

temiendo que aquellas ruinas tumba de su gloria sean. Tras de rudos parapetos, baterías y trincheras á demoler se decide hasta la última piedra de Monjuich... y los sitiados ni aun así se desalientan. Con ímpetu irresistible y sobrehumana violencia en sus frecuentes salidas matan, destruyen y quemán y al galo atónito hacen replegarse en sus trincheras. Sólo cuando es el castillo un montón de polvo y piedras Guillermo Nash y los suyos aquellos escombros dejan y de la inmortal Gerona en el recinto penetran.

Sin atender al gentío que doquier les victorea, lentamente se dirigen de Alvarez á la presencia. Los dos invictos caudillos mutuamente se contemplan con respeto, y al fin Nash exclama con voz enérgica: —«Cuando ni aun horas creían que sostenerme pudiera, dos meses he hecho frente á las legiones francesas. De novecientos que éramos al principiar la defensa seiscientos han sucumbido, y de los pocos que quedan ninguno ha salido ileso en la reñida contienda. Tan solo cuando el castillo han reducido á pavesas diez y nueve baterías que disparaban sin trégua, que era imposible he juzgado continuar la resistencia. Aunque he hecho todo aquello que cabe en humanas fuerzas, y aunque cuatro mil soldados la lucha al francés le cuesta, como he dejado á Monjuich sin contar con tu licencia vengo á someterme al fallo de tu Consejo de guerra.» —«¡Que falle por él la Historia...!» Mariano Alvarez contesta, y de emoción lleno, al héroe entre sus brazos estrecha.

¡Bien hayas, cuna de bravos, ilustre nación Ibera...!
¡Cuando tales adalides y tales hechos contempla, en pindárico entusiasmo arrebatado el poeta, pretende un himno gigante tributar á tus grandezas y al luchar con lo imposible su impotente lira quiebra...!

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

CONFERENCIAS SOBRE LA PLURALIDAD DE MUNDOS, por *Fontenelle*, traducidas y aumentadas con un prólogo y notas por *Baldomero Mediano y Ruiz*.—Madrid, 1879.—Un volumen en 8.º de 173 páginas.

El eminente crítico Marmontel ha calificado este libro clásico de «digno y quizá único modelo en su género» donde á la par se admiran un estilo original é interesante y una inimitable sencillez—como hace observar el traductor—que ameniza las verdades más triviales, facilitando la comprensión de las teorías y fenómenos más complicados. La vulgarización de la ciencia y de sus prodigiosos secretos es en nuestros días objeto de las solícitas tareas de muchos escritores ilustradísimos; pero á pesar de la suma de conocimientos de que hoy se dispone y del progreso que en ciertos géneros literario-científicos se ha alcanzado, puede decirse que ninguno de nuestros contemporáneos ha superado en esta loable propaganda del saber al ilustre Fontenelle, uno de los más preclaros pensadores del siglo XVIII.

Traducir al castellano obras de este linaje es empresa ardua, y más cuando se traducen con la pulcritud y esmero que el Sr. Mediano y Ruiz ha puesto de relieve en su trabajo. Ni se ha limitado á esto; poniendo á contribucion su inteligencia y eruditos conocimientos, ha adornado nuestro muy querido amigo y compañero la obra de Fontenelle con un prólogo acerca de este autor y abundantes notas que colman con todos los datos de la ciencia moderna los vacíos inevitables en un libro escrito hace siglo y medio próximamente.

De esta suerte, el que acaban de publicar los editores madrileños Sres. Gonzalez y Ferriz es digno de toda recomendacion. Valga la nuestra que es sincera, para que los lectores de la REVISTA compren esa obrita.

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL.—*Seccion Juridica*.—SISTEMA DEL DERECHO ROMANO ACTUAL, por *M. F. C. de Savigny*, traducido del alemán por *M. Ch. Guenoux*, vertido al castellano por *Jacinto Masia y Manuel Poley*.—Tomo IV.—Madrid, 1879.—Un volumen en 4.º de 397 páginas.

La casa editorial de los Sres. Góngora y Compañía, establecida en Madrid, acaba de poner á la venta el tomo VII de su escogida *Biblioteca jurídica*, que publica por suscripcion, cuyo tomo es el IV de la más notable obra del ilustre Savigny.

Sabemos que este libro ha obtenido muy buena acogida en las provincias de Cataluña, Aragón, etc., donde tan necesario es al Abogado el conocimiento del Derecho Romano actual. Si, como anuncian los editores, aparece dentro de pocos días el tomo V de este libro, veremos en breve concluida la obra, cuya edicion castellana constará de unos seis tomos. El precio de cada uno para el público en general son 28 reales y á 20 para los que se suscriban á dicha *Biblioteca*, tomando todo lo publicado.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—*Seccion 6.ª*.—NOVISIMO ROMANCERO ESPAÑOL, por varios distinguidos poetas.—Tomo III.—Madrid, 1879.—Un tomo en 8.º de 256 páginas.

Aunque no haya en este tomo composicion alguna superior en mérito á las de los volúmenes anteriores, no puede decirse que sea en conjunto inferior á ellos. Veinte romances de otros tantos poetas, casi todos de bien sentada reputacion, contiene el libro que nos ocupa. Sus asuntos son variados y muy diversos los tonos que recorre la inspiracion de los poetas: prestan, por consiguiente, estas condiciones al *Novisimo Romancero Español* un carácter de agradable amenidad que le asegura buen éxito y general aceptacion.

DISCURSO SOBRE EL POSIBILISMO, pronunciado en Granada el 27 de Abril de 1879, por *José de Carvajal*.—Un folleto de 73 páginas en 4.º—Madrid, 1879.

Agena la REVISTA DE ARAGON á las cuestiones de carácter político en su expresion más concreta y dentro de los límites de la actualidad, no podemos juzgar este discurso como merecen su índole é importancia. Sin embargo, tenémoslo como uno de los documentos políticos de más resalte y trascendencia que desde la Restauracion se han expuesto al juicio del país. En él se condensan las doctrinas del partido que aspira á realizar en lo posible, por medios prácticos y gubernamentales, las aspiraciones de la democracia. El Sr. Carvajal ofrece al partido llamado posibilista un credo, una fórmula, un programa, y á todo hombre estudioso un trabajo político donde á la par se observan la madurez del pensamiento y la galanura de la forma.

No en vano la pública opinion señala al Sr. Carvajal como uno de nuestros primeros estadistas.

ZARAGOZA: IMP. DEL HOSPICIO PROVINCIAL.